

RAZONAMIENTO DE TELAMÓN Y DE ULISES,¹ EN EL SITIO DE TROYA, ANTE AGAMENÓN, DESPUÉS DE MUERTO AQUILES, SOBRE SUS ARMAS

Muerto el gran hijo de Tetis,² pestilencia terrible de los troyanos, foso y segura defensa de las tiendas griegas, tramontana firme³ de noble victoria, el cual, muchas veces de la real sangre de Príamo tiñendo los campos troyanos, a la fecunda Hécuba había hecho casi estéril,⁴ poblando cada día los infiernos de nobles ánimas troyanas; aquel a quien Júpiter no osó engendrar, temiendo la respuesta de Proteo,⁵ armado de las fuertes armas de Vulcano,⁶ bañado en el estanque por el cual jurar los dioses no poco temen,⁷ al fin vencido por la extrema belleza de Políxena,⁸ el vencedor de todos los hombres fue muerto, con sola una flecha tirada del flaco brazo de Alejandro Paris; y quemado su cuerpo, otra cosa no quedó en el mundo del fuerte Aquiles sino una tan poca ceniza que apenas no bastó a llenar una no muy grande vasija; las armas del cual huérfanas, Ulises y Telamón con igual instancia piden, teniendo por bueno el sabio duque Agamenón que, ante él junto con los otros duques y reyes, cada uno de ellos razonase con qué derecho de poseer tales armas se hacía digno. Y girando los ojos Telamón a las naves griegas, con soberbia ira dio principio a tales palabras:

«¡Oh inmortal Júpiter!, si, junto con las otras virtudes, justicia en ti reposa, ¿cómo comportas que ante nuestras naves Ulises conmigo ose contender, el cual no temiendo dar lugar a las llamas troyanas, fue forzoso, por la salvación de toda Grecia, yo solo me opusiera a la animosa fuerza de Héctor, apagando el fuego de nuestros ya

quemados maderos? Mas dejaré el trabajo de recitar mis actos a la fama, pues ella por mí en eterna memoria los recita; diga Ulises los suyos, para la verdad de los cuales carece de testimonios. Yo no ignoro, ni menos niego, las armas de Aquiles ser gran premio, pero es hecho pequeño por pedir las Ulises, el cual tanto los peligros teme que los muros no le parecen armas sólidas, y ahora, desarmado, conmigo osa contender, pues con palabras se puede alcanzar el fin de nuestra contienda. Y no puede escapar sin gloria; que, perdida la esperanza de lo que pide, estará alegre con Telamón haya contendido.⁹ Y si por propias virtudes os parece nuestra justicia dudosa, siendo yo nieto del gran Júpiter,¹⁰ la claridad de mi linaje y el cercano deber que tengo con Aquiles declara Ulises pronto la esperanza pierda de tales armas. Pues, ¿de dónde te viene a ti, Ulises, hijo del gran ladrón Sísifo,¹¹ al cual en latrocinios no desemejas, tener deuda con la noble y real sangre de Aquiles? Yo pido las armas porque primero y sin fuerza¹² he ofrecido mi persona a Menelao, en venganza de su real tálamo. Si tú algo digno de premio has hecho,¹³ el galardón a Palamedes atañe, que descubrió la verdad de tu ficta y temerosa locura. Y pluguiese a Dios que hubiese sido verdadera, o al menos creída, para que viviese el animoso Palamedes, o, si ya estuviese muerto, viviese su ínclita fama libre de criminosa infamia, la cual tú maliciosa y no veramente le has impuesto;¹⁴ ¡así sabes tú ofender! Con tales engaños debe ser temido Ulises, el cual, aun cuando con bellas palabras venza a la sabiduría del antiguo Néstor, no lo socorrió cuando, en medio de los troyanos, pesado por vejez, le pidió socorro, no pudiendo sino con tardos pasos de los enemigos retirarse.¹⁵ Pero Ulises, desamparando al tan honrado duque, recurrió a su seguro oficio huyendo no con suaves pasos, pues el temor a sus pies llevaba alas.

Piensa los dioses con ojos justos miran las cosas humanas, y así fuera razón quien mal socorrió fuese mal socorrido y el desamparador fuese desamparado. Yo vi a Ulises con altas y miedosas voces, dignas de misericordia, reclamar a los griegos que de muerte lo salvarsen, al cual no tardo socorrí; cubriéndolo con mi escudo, salvé su vida, muerte de muchos inocentes. ¡Oh Ulises, si conmigo quieres contender, vuelve debajo de mi escudo con aquel mismo temor, y desde allí narra tus singulares actos! Caballero no conocido sino en treguas, hete que Héctor resuscita lanzando fuego a nuestras naves: defiéndelas tú con pintadas palabras, pues yo sólo las liberé con fuertes y ofensivas armas, y fui lluvia que apagué el fuego de nuestros ya ardientes maderos. ¡Oh griegos!, por mil naves, las cuales yo he preservado, ¿no os parece merezca las armas? Pues, sin mí, perpetuo exilio sostuvierais por mengua de maderos. Y si no quiero celar lo vero de mi demanda, las armas, deseosas de adquirir señor no menos fuerte que el primero, piden más a Telamón que Telamón a ellas. Hable Ulises de sus hurtos, recite la muerte de Reso,¹⁶ el hurto del Paladio;¹⁷ las cuales cosas, hechas de noche, no creyendo a Diomedes¹⁸ son casi fábulas. Ni yo sé Ulises por qué las desea, pues él, desarmado, con noche oscura engaña a los poco cautelosos enemigos, ni, si te las dan, tu flaco cuerpo las podrá sostener, antes si pruebas la fuerte lanza de Aquiles será pilar pesado a tus débiles brazos, ni tu mano izquierda, hábil sólo en hurtar, podrá sostener el pesado escudo, en el cual la imagen del mundo está figurada. Caballero igualmente flaco en ánimo y en persona, si el error del pueblo estas armas te otorga, no tendrás causa de ser temido, sino presto despojado, siendo honrado despojo a los enemigos; harás presente poco agradecido a los troyanos de bellas armas, o, cargado de

tan gran peso, no alcanzarás tus vencidas victorias, las cuales a menudo consigues, y perderás el nombre de ligero, ganado con vergonzosas huidas. ¡Oh Ulises!, piensa que tu escudo no está menos roto ni menos des-pintado que el primer día, de donde hayas de desear otro. El mío, gastado y envejecido por muchos golpes, es razón repose y que otro, nuevo y fuerte, en tan peligroso oficio le suceda. Tú renueva de espuelas, las cuales son infan-zonía y socorro a tu gran temor. ¿Piensas que yo deseo quitarte estas armas porque crea, estando desarmado, sea tu vida más peligrosa? Antes estoy cierto las armas de Aquiles muerte corporal presto te procurarían, y por eso tra-bajo por ti no sean poseídas, pues viviendo mueres cada día, multiplicando en fealdad de cobardes actos. No te seduzca la fortaleza de tales armas, que, por ser fuertes, quieren dobladura de ardido ánimo, la cual en ti no hallarían. Y piensa cada día se toman castillos bien provistos, por mengua de flacos defensores. Tus seguras armas sean embajada pidiendo tregua, y harás más larga tu deshon-rada vida; que la liebre con su acostumbrado huir, no resis-tiendo se salva. Y porque el fin de nuestra demanda no sean largas palabras, ¡oh nobles duques!, lanzad las armas en medio de los fuertes enemigos, y sed contentos sean poseídas por aquel que de tal presa las ponga a salvo.»

Acabando en semejantes palabras Telamón el fin de su demanda, un breve espacio bajando los ojos se giró Ulises a los reyes y duques, esperando del pueblo el murmullo cesase, para que sus avisadas palabras, con dis-puesto silencio, lugar de mejor ser entendidas hallasen; las cuales, de gentil estilo ornadas, aumentaban la ver-dad de su justicia, respondiendo:

«Si vuestros deseos, ¡oh animosos duques!, junto con el mío se cumplieran, no sería dudoso el heredero de estas

armas; mas tú, Aquiles, poseerías tus armas, y nosotros a ti. Pero, pues desplace a los crueles hados, no veo quién mejor pueda tener los bienes de Aquiles sino aquel por quien los griegos tuvieron a Aquiles. Y dejando largueza de vanas y pomposas palabras, sólo consentid cada uno de nosotros de los propios bienes se alegre, que la claridad de nuestro linaje y las virtudes de nuestros abuelos solamente hacen más claros nuestros actos, mas no me parece nuestros méritos más aumenten, con todo que, si Telamón se dice nieto de Júpiter,¹⁹ en aquel mismo grado soy yo cercano al gran Júpiter, y más a Mercurio, por la parte de mi madre.²⁰ Pero no quiero por el valor de mis antecesores mi parte sea más favorable, sino que dejemos a los dioses en los cielos, de nuestras miserias poco ansiosos, y los muertos en los sepulcros reposen; nosotros ganemos premios con méritos de propia virtud. Si por deber de cercano parentesco alguien tales armas debe poseer, vive aún Peleo, padre de Aquiles, y Pirro, su hijo, los cuales por tal derecho primero que Telamón las demandan, sino que no les serán otorgadas. Así, pues es forzoso con carta de singulares actos nuestro derecho razonar, y Telamón tanto desea, en vergüenza suya, saber de mis actos, los cuales creo por vosotros no son ignorados, pues al bien de todos atañen, no me será fatigoso, si el escuchar a vosotros no fatiga, decir alguno de ellos, para que presto Telamón pierda la esperanza de lo que pide y a vosotros parezca humilde el fin de mi demanda, en satisfacción de tan provechosos trabajos. Mas yo soy contento del premio que virtud consigo trae, y las armas sólo pido por señal y muestra de tales obras.

Temiendo la diosa Tetis las venideras guerras por el hurto de la bella Helena, probó con cautelosa industria mudar o mitigar los implacables y crueles hados, los cuales en los campos de Troya a su hijo Aquiles de muerte

amenazaban; vistiendo a aquél con femeniles vestiduras, engañó a todos los griegos, y fue maravilla el avisado Telamón junto con ellos fuese engañado; de donde las fuerzas troyanas, aumentando cada día, retardaban nuestra victoria: que los fuertes invencibles muros de Troya sólo del fuerte vencedor Aquiles podían ser vencidos. Por lo que fue forzoso a mí, fingiéndome mercader, llevase muchas joyas a las nobles doncellas en la casa del rey Licomedes,²¹ entre las cuales, en hábito femenino, Aquiles reposaba, poco ansioso de ensuciar sus manos en sangre troyana. Mas, para que entre tantas doncellas mejor conociese al vergonzoso joven, junto con las otras joyas yo llevé una no poco gentil lanza, acompañada de un muy bello escudo; el cual sin tardanza Aquiles tomó, poco cuidando del valor de las otras cosas que a la femenino condición atañen, y con industria mía él conoció cuánto perjudicaba a la real y noble sangre de su linaje. Y ved cómo yo he sido causa él en ayuda nuestra y aumento de su honor haya obrado tales y tantos actos que, para recitarlos en gran parte, tengo falta de palabras: ha hecho presente de la muerte del casi inmortal Héctor, vida y segura defensa de los troyanos, entrando con él en más estrecha batalla que Telamón, y no solamente ha apagado el fuego de nuestras naves, mas ha quitado la vida y el poder a quien otra vez las pudiera encender. Yo pido aquellas armas las cuales Aquiles por mí poseyó. Telamón, tú quieres que en mi derecho mi industria me dañe, la cual indujo al esforzado capitán Agamenón a sacrificar a su hija, y despojándose la piedad de padre redimió los vientos con la inocente y virgen sangre de Ifigenia.²² De mis actos no quiero más recitar, porque no conviene a los sabios reyes ser cronistas de sus victorias, ni quiero menguar el premio de mis trabajos con soberbia jactancia. Mas, para que veas no tengo del todo mi espe-

ranza en palabras, mira mis pechos, más heridos que tu escudo, los cuales sin lengua por mí hablan. Tú dices tienes roto el escudo; yo la persona. No son mortales los golpes de los cuales con las armas uno puede defenderse. Deseas otro escudo porque el tuyo de muchos golpes está gastado; yo, por lo mismo, debiera desear otro cuerpo, y tú que mudases otra ánima, la cual te hiciese conocer cuánto ofendes a natura humana, que, en hábito de hombre, eres peor que animal bruto.²⁵ Gloriáste que has defendido del fuego nuestros maderos, salvo que no tienes vergüenza la gloria de todos apropiarte, la cual no consiente ser robada, mas acompaña y hace glorioso a quien por gran virtud la alcanza. ¡Oh, bien fuera poco avisada Tetis, que las armas, las cuales el entendimiento junto con el cuerpo arman, hubiese dado a Aquiles para que después de él las poseyese un caballero sin ánima! De lo que me inculpas de Palamidias, y que forzado he venido a la batalla, no te pienso responder, porque a tan manifiestas falsedades la respuesta alguna autoridad les daría; pero estás cierto que antes dejarán los ríos de correr y los montes correrán, y antes Grecia socorrerá a Troya, que tus avisadas astucias a los griegos aprovechen. ¡Oh falta de entendimiento! ¿Y con los bienes de natura, los cuales cada uno sin deliberación posee, quieres alcanzar nombre y premio de virtuoso, que sino con multitud de trabajosos actos no se deja alcanzar? ¿Y fiando en tu desnuda y corporal fuerza tienes atrevimiento de pedir tales armas, olvidándote que los toros y grandes elefantes, con mayor fuerza que tú, a menudo nuestro campo han socorrido, salvo que no piden las armas? ¡Oh Telamón, desea armar el ánima, pues tienes salvo el cuerpo de las pasadas batallas, y no tengas esperanza en aquellas cosas las cuales natura a los otros animales más libremente que a los hombres otorga! Piensa

que la discreción y prudencia humana a menudo doma y amansa animales no menos fuertes que feroces. Tú sólo batallas con la fuerza, yo con animosas astucias; no eres menos diferente de mí que un caballero del capitán, o un fuerte galeote del diestro timonel. ¡Oh vosotros, griegos, pues conocéis esta diferencia, dad las armas a Telamón, por premio de mis trabajos! Pues si algo queda para acabadamente Troya ser destruida, Telamón, como acostumbra, lo decidirá. Y si no os parece yo las merezca, dadlas a aquel por quien poseéis tanta victoria.» Y mostró el Paladío, que cubierto tenía.²⁴

Pareció a todos los reyes las armas fuesen de aquel el cual con tan gentiles palabras había razonado los méritos de sus actos, y fue manifiesto cuánto el gentil estilo hace más clara la justicia.

Desesperado el fuerte Telamón de las tan deseadas armas, aquel que, no vencido ni jamás superado, había sufrido las grandes fuerzas de Héctor, superando y a menudo venciendo a los extraños enemigos, al fin, vencido de una pequeña ira de visibles armas desarmada, y tirando de su propia espada, con animoso ademán dijo a los griegos: «No creo la facundia de Ulises baste a quitarme esta espada; pero aún temo que, en presencia de tan justos y avisados jueces, probará ser suya; pero al presente no me vedará que, así como muchas veces ha sido teñida en la sangre de los enemigos troyanos por defensa de vosotros, ahora, bañándose en la sangre de su señor, le procurará libertad eterna. Y llevaré primero en los infiernos al animoso Aquiles alegres nuevas del esforzado heredero de sus armas.»

TRIUNFO DE LAS MUJERES

ESCRIBE UNA MUJER CUYO NOMBRE ES VERDAD¹ LA PRESENTE CARTA A LAS DEMÁS MUJERES, MOSTRANDO ELLAS SER MÁS PERFECTAS QUE LOS HOMBRES

Verdad, eternamente reinante, de los cielos y del mundo reina, a las virtuosas mujeres ínclita fama y perpetua felicidad envía.

Del principio del mundo, los oídos tenemos ofendidos por los soberbios hombres, de vosotras, humildes, castas, piadosas, misericordes, indignamente blasfemando y con airada lengua vomitando, y en versos y en prosas muchos cuadernos tiñendo de feos y viciosos actos, los cuales más propiamente de ellos escribirse podrían, y la locura de sus voluntades, con la contrariedad de su desear, a daño de vuestra fama atribuir quieren, y a un tiempo honestidad con acabamiento² de apetitos deshonestos en vosotras buscan. Y si vuestra sobreexcelente belleza vallada y defendida por el muro de honestidad a ellos se presenta, de crueles os infaman, y si benignamente vuestra afabilidad los remunera, de no castas os inculpan, y cada uno de ellos en tan alto grado de locura se constituye que piensa alguna singularidad poseer, sólo por la cual, y no por otra, vuestra honestidad se debe perder. ¡Oh inefable demencia, que pasa común estilo de palabras!³ Si de vosotras viciosamente desean, tomen de las no buenas excelencia de gran belleza. Si virtuosamente os aman, ínclitas señoras sin número encontrarán que, con acabamiento⁴ de virtudes, les harán de verdadera amistad gracioso presente. Pero ellos, como insensatos alquimistas, los viles metales de la fealdad de sus deseos en purísimo oro convertir intentan, de donde

es forzoso su desordenada bienquerencia en humo de vanidad alcance su último término y, de entendimiento faltos, con fantasía de locos pensamientos, como poco discretos infantes, los átomos del sol afectadamente abracen. Mirando después de tan inútiles trabajos la gran pérdida, de vuestra noble condición, si no de propia virtud indefendida, no merecidamente blasfeman; tanto que aquel ingrato, de reprensión digno, hijo de Betsabé,⁵ osó sin temor escribir que, de mil, un hombre bueno encontrado había, y de las mujeres ninguna. ¡Oh justa sentencia, que condena a quien injustamente la da! ¡Oh certera flecha, que merecidamente vuelve contra aquel que locamente la tira! ¡Oh vera muestra de la gran locura de los hombres! ¡A quien Dios sobre todos los otros había hecho sabio, abominable idólatra, por la fealdad de innumerables pecados incurso en tinieblas de tan gran ignorancia que le fue imposible, en todo el universo, encontrar una mujer de virtudes acompañada! ¡Oh gran prudencia de nosotras, ausentándonos de la presencia de este seguidor de la sensualidad, que sólo encontraba a aquellas que el desorden de sus apetitos satisfacer podían! De donde es razonable creer dentro de lo más hondo de los infiernos pague aquella penitencia que en este mundo, voluntaria, de sus crímenes lo dejara mundo;⁶ ni razón acompaña su perversa vida fuese enmendada, pues largo tiempo después que dejó de vivir, el buen rey Joseas,⁷ celando la ley divina, destruyó aquellos abominables templos que él, rey poderoso, destruir podía, si con lágrimas de verdadero arrepentimiento hubiese lavado la suciedad de la feeza de sus culpas.

Y aun cuando muchos ilustres doctores de la femenil condición blasfemado hayan, cuya lengua el Santo Espíritu siempre dirigiendo, no entendían de nosotras, mansas, mal decir, según los poco avisados, maliciosos, en glo-

sar se esfuerzan; antes bien, muchas veces, en el nombre de mujer la humana sensualidad entienden, o a las no buenas su hablar dirigen. Y si de todas hablan, amonestan a los sensuales hombres de ocasión de mal vivir se guarden; pues, por los grandísimos deleites que en ellas se alcanzan, a menudo todos sus deseos les dirigen, por los cuales acabar⁸ innumerables males intentan, ellas permaneciendo siempre buenas. Y así, los gloriosos doctores blasfemar del bien acostumbra, si de mal ocasión trae, y al mal, aunque en extremo sea grande, bienaventurado nombran, si por él algún grandísimo bien nuestro Señor, infinito bueno, nos presenta. Y por eso, este estilo siguiendo, maldiga aquel bello árbol portador del fruto en el cual el hijo de la tierra cometió el primer crimen, y la culpa, redimida por el universal Redentor, bienaventurada nombran. Cesen, pues, mal decir aquellos que, sin fundamento de razón, de nosotras, piadosas, hablan; a los cuales responder sería, a tan vanas palabras dando autoridad, en villano deshonesto hablar a ellos ser comparables. Mas, por informar a quienes con afección de honesta amistad sirviendo nos aman, no tendremos a gran fatiga alargar en blanco papel nuestra verdadera escritura, en estilo de gentiles palabras mostrando igual es nuestra perfección a la de los hombres, y, si es verdad desigualdad aquí se encuentre, siendo nosotras más perfectas, nuestra valía sin ninguna duda la de ellos en perfección aventaja.

Pública y verdadera sentencia con cónsona voz entonó nuestro antiguo criado Aristóteles: que, buscando de dos cosas cuál fuera más perfecta, deben ser comparadas en aquella perfección que en cualquiera de ellas más excelente se encuentra. Y por eso todos los animales, de razón exentos, menores que el hombre se estiman, porque el ánima, que en ellos es la más noble cosa, a la del hombre

comparada, de ningún valor se juzga. Y aun cuando en otras propiedades al hombre aventajen, no por tanto de mayor perfección el ser de ellos adquiere nombradía, antes bien el león, más fuerte; el ciervo, más corredor; el águila, más alto mirando, al hombre comparados, en nada casi se vuelven. Pues, aunque en algunas condiciones, lo que no otorgamos, los hombres a nosotras aventajen, callen avergonzados los maliciosos ignorantes que menos perfectas nos aposientan, que si las ánimas, por quien perfección y vida los cuerpos alcanzan, en su creación iguales son creadas, ¿de dónde viene a los hombres esta gran necesidad, que mayores que nosotras se estiman? Y si en su creación las unas a las otras en perfección sobrepujan, no todas las de los hombres a las nuestras aventajan, ni todas las de nosotras de mayor perfección están dotadas. Viniendo a las otras perfecciones que en ellos más abundando, según la mayor parte, se encuentran, gloríanse que son más animosos, fuertes, con elección más firme, a comorte de trabajo más aptos, prudentes, de mayor estatura. Olvídense de nuestra misericordia y piedad, castidad, mansedumbre, afabilidad, prontitud en perdonar, vergüenza, comienzo de virtuoso obrar. Y así el universal Creador en proporción de igualdad con ellos nos ha creado que, si alguna cosa perfecta en ellos se encuentra, alguna otra más perfecta a nosotras otorga. Si de ser animosos alcanzan gloria, el defecto de tal ánimo ¡cuánta humildad, fundamento de virtudes, en nosotras causa! Si de más fuertes adquieren estima, por mengua de esta fortaleza mansedumbre, misericordia, en nosotras tienen posada. De elección firme se alaban; nosotras con prontitud de perdonar alcanzamos la postrera gloria. Elación tienen de mayor estatura, al sostenimiento de trabajos más apta; miren nuestra delicada forma cuánta mayor belleza nos presenta. De más pru-

dencia hablan, y no les recuerda que nuestra condición vergonzosa a bien obrar más que a ellos nos amonesta. Y así, si de largueza de palabras no tuviésemos temor, verían, en cualesquiera otras condiciones que singulares en ellos se encuentren, otras semejantes o de mayor perfección de nosotras no se ausentan.

Y porque vean los maldicientes hombres cuánto la justicia tenemos favorable, no quiero, por nuestra parte, traer endeblez razones que algunos, indignas de alabar, nos han escrito, de las cuales dos al presente mi memoria alcanza. Dicen que Dios omnipotente, creando el primer hombre de la tierra, a nosotras formó de su carne y costilla: ignorando natural filosofía, no saben que movimiento no de donde comienza, sino de donde termina alcanza su nobleza, y así, cada día, de nosotras y de los hombres se hacen imperfectos animales que sólo nombrar grandísimo asco trae. Dicen aun más, estos inútiles defensores de nuestra condición: el ser de nosotras tuvo principio en el terrenal Paraíso, el primer hombre en el campo damasceno;⁹ olvidándose que el lugar a la esencia de alguien ninguna perfección trae; antes bien, continuamente el infinito Señor siembra purísimas almas en los cuerpos por el primer crimen infectos, los cuales la belleza del alma no ensucian, aunque a bien obrar dificultad le traigan.

Dejemos, pues, palabras de fundamento de razón desacompañadas,¹⁰ y en alta voz llamemos a los hombres todos, los pasados, presentes y venideros, y estando de Aristóteles la ya escrita sentencia, elijan de todos al más noble para que con la que más vale de nosotras comparación sea hecha. Y si por su profunda humildad no rehúsa venir, por parte nuestra la Virgen a un tiempo y Madre de Aquel que, eternamente habiéndola elegido, siendo Dios infinito, quiso ser criatura por nacer de tan perfecta mujer, que-

riendo ser factura de aquella a quien Él había hecho; y tan afectadamente deseó su hijo ser que, siendo Dios todopoderoso, no solamente le plugo morir, sino ignominiosamente, con exceso de inefable dolor, en lugar abominable dejó la vida en manos de aquellos que en Él y por Él vivían. ¡Oh misterio de profunda excelencia, que sobrepasa humano y angélico entender! ¡Oh perfección, que se acerca al infinito, de tan excelente criatura, que el ser su hijo comprara tan caro el que la había creado! Ayudadora de nuestra redención, compañera de Dios Padre, que en su Hijo, creador del mundo, le plugo ella con su Hijo lo recreara: Él, Dios omnipotente, creó al hombre; ella, Madre del Todopoderoso, lo ha salvado. ¿Qué provecho había en haber hecho el humano linaje, por su culpa en general cautiverio incurso, si, con estanca y cerrada nave de su virgen vientre, ella de nuestra redención no hubiese traído el tesoro, pagando tan abundante el rescate que infinitos mundos con él bastantemente se podían redimir? ¡Arca de Noé, verdadera salvación nuestra, de todo pecado exenta, salvándonos la vida del general diluvio, en el cual incurriamos en muerte por el pecado del primer padre! Merece, pues, ser llamada vida y salvación nuestra, aquella cuya sola perfección bastó para que engendrarse a Aquel por quien no solamente redimidos vivimos, sino hechos casi dioses esperamos eternamente revivir. Esta sobreexcelente de Dios Madre, en el instante de su concepción acabadamente organizada,¹¹ uso de razón más singularmente alcanzó que otra criatura alguna en edad cumplida. Y aún en este mundo viviendo, su puro y delicadísimo cuerpo a la gloriosa alma así obedecía que la vista y plática de los ángeles no le dificultaba, con los cuales benignamente conversando, como a discípulos instruía, siendo de ellos siempre guardada y servida y adorada como señora

Madre de Aquel de quien ellos eran factura. Y pasando el quincuagésimo año de su cumplida vida, aún la excelsitud de su belleza en tan alto grado resplandecía que a Dionisio,¹² maestro de la ciudad de Atenas, en razón natural más sabio que los otros hombres, de tan grande admiración fue causa que sin temor confesó, como a Dios latría, adoración le presentara, si la santa Fe no lo amonestase del que debía adorar era madre. De donde claramente se muestra su sobre todas bellísima y proporcionada persona de Dios infinito era imagen, siendo la más noble y bella figura que, con venustidad de color, a nuestros ojos presentarse podía, después sobre los serafines en tan alto lugar colocada que, sobre todo lo que no es Dios, como emperatriz señora triunfa, y su hijo es solo quien en perfección le avanza, de tanta gracia y, por premio, de gloria tan excelente dotada que, si toda la de todos los santos en uno solo juntándose se uniese, aún menor en comparación se estimaría. Cesen, pues, de mal decir los impíos hombres, o traigan por su parte criatura que, no siendo Dios, tanta perfección posea, que gran maravilla es pensar de dónde han tomado elación de tan gran soberbia, menospreciando a las mansas mujeres, por cuya parte queremos aún más nuestra pluma extender.

No dudosa sino determinada sentencia la señora de todas las ciencias, sacra Teología, canta: aquellas cosas ser mejores que por Dios, infinitamente bueno, más son amadas. Lo verdadero de esta razón los morales filósofos en estilo de semejantes palabras amonestan: que la voluntad divina, siendo soberanamente recta, de verdadero juicio del entendimiento no puede sus pasos torcer, y así, sin pasión alguna regida, más ama lo que el entendimiento digno de más ser amado juzga. Los sutiles teólogos, más altamente esta sentencia probando, determinan que la

voluntad divina, universal causa de todas las creaturas, aquellas cosas hace mejores las cuales Él más ama.¹³ Y propiamente hablando, su amor es causa de nuestra bondad, y no nuestro bien causa de Él más amarnos, así como, aquellos que con los grandes reyes en alto grado privan,¹⁴ las gracias que de sus señores reciben no son causa de ellos ser amados, mas, porque primero son amados, estas gracias liberalmente les otorgan. Siendo, pues, cierta cosa la comunidad de las mujeres por Dios omnipotente más que la de los hombres amada,¹⁵ que sean mejores no sufre disputa. Mas, probando que la divina bondad a nosotras más que a los hombres ama, sin temor determinamos aquellas cosas por Dios, soberanamente bueno, más son amadas las cuales su inefable providencia así ordena que más fácilmente alcanzar pueden el último fin de la eterna gloria, para la cual su benigna majestad las racionales criaturas de nada ha creado, siendo la mayor¹⁶ que Él, Dios infinito, darnos pueda. Y como sea manifiesto, a quienes falta de entender no tienen, las mujeres, según sus complexiones, más fácilmente poder acabar aquellos actos de misericordia con los cuales, según el universal Redentor determinó, la última felicidad alcanzar se deja, claramente se muestra ellas, misericordes, del omnipotente Creador más amadas, y así más perfectas.¹⁷ Ni estimamos sea menester probar mayor prontitud ellas tengan para acabar estas obras de las cuales, en el triste valle, el hombre Dios Jesús cortes generales celebrando, juicio irrevocable, nos pedirá la última cuenta, sentado en el tribunal de majestad infinita, porque es superflua cosa aportar razones donde la experiencia claramente testifica.¹⁸ Y no solamente en acabamiento de estas virtudes, por su corporal composición, prontitud más que los hombres tienen, antes incluso la vanidad e insensatez de este mundo, que a menudo, el bien

vituperando, el mal ensalza, con su bien obrar han hecho concorde, alcanzando en la presente vida ínclita fama, y en lo venidero felicidad eterna; que a los hombres, por la insensatez de sus leyes, es imposible que rara vez o ninguna gloriosa fama alcancen sino de actos que al servir de Dios y a toda virtud contrastan, como de sangrientas batallas, las cuales si contra justicia vencen, más animosos se estiman. ¡Oh insensatos! ¿Por qué un breve espacio del tiempo de vuestra vida no pensáis en la crueldad y desvarío de vuestros pomposos actos, y veréis que no solamente a nuestro jefe y maestro Jesús son no conformes, mas aun natural razón los condena? Considerad los inicuos castillos o sepulturas¹⁹ de España: ¡que alguien a sí mismo y a los suyos no pueda mantener a salvo, por preservar cuatro partes de vil tierra compuestas,²⁰ de donde toman fundamento las ceremonias soberbias de vuestras batallas de ultranza llamadas,²¹ en las cuales, como insensatos, trocáis la vida por muerte, paraíso por infierno...! Con estilos llenos de popular pompa, a la orden de los Santos Apóstoles comparáis la desordenada regla de la Jarretera,²² ofreciendo votos no solamente a razón toda contrarios, sino de ser mantenidos imposibles, que ponéis en duda a las discretas mujeres sea verdad en vuestros cuerpos racionales ánimas tengan posada. ¡Oh insensatez, pasando todas las otras, que no solamente os hace obrar actos que de entendimiento tienen tanta carencia, sino también, entre vosotros, faltos de sentido, queréis obtener de ellos gloriosa fama! Y si un pequeño mal vuestra persona apena, médicos de gran prudencia, con innumerables medicinas, con solicitud no poca buscáis, y, alcanzada la tan deseada sanidad, por cosa de ningún valor, como animales de razón exentos, ofrecéis la vida, y con muchos peligros y trabajos ganar la triste cárcel del infierno afectadamente trabajáis.

Y ya en este mundo vuestra inquieta vida es imagen de la que, en lo porvenir, infernada os espera. ¡Oh palomas humildes, mansas, púdicas y castas mujeres! Como diestros guerreros, las paredes de vuestros muros forrando con blandura de humildad, poniendo a salvo vuestras almas y persona, resistís a las espantosas bombardas, deteniendo las piedras en la molicie de vuestra mansedumbre, a las cuales las gruesas y altas paredes de los soberbios feroces hombres resistir no podrían.

Y aun cuando innumerables ejemplos, vera muestra de nuestra perfección, a mi memoria se presentan, de los que de teñir el papel dejo, temiendo prolijidad, que a menudo a gentil estilo es enemiga... Mas ¿quién podrá retener la pluma, que no pinte la casta honestidad de Susana,²³ el muy virtuoso ánimo de Judit,²⁴ el celo de la fe de la mártir de los Macabeos madre,²⁵ y, sobre todas en la ley cumplida, aquella Magdalena cuyas lágrimas aromatizantes tan abundantes de las fuentes de sus ojos corrían que pudieron lavar los polvorientos pies de aquel Dios y hombre que, por el yerro de nuestras culpas, descalzo pisaba el mundo, el cual de nada creado había.²⁶ Bastó aun el odorífero licor de tan destilantes lágrimas lavar su contrita ánima, en grado de belleza tan alta que en la celestial morada le precede sola aquella del mundo, de los cielos, de los ángeles reina, a la cual no le desplace, por semejanza de humildad, de semejante nombre se nombre,²⁷ y todavía en este mundo viviendo mereció tener por abogado a aquel Dios infinito a quien afectadamente ella servía, con razones imposibles a respuesta haciendo callar a los que la intentaban reprender, como enamorado esposo de su embellecida ánima respondiendo a la hermana Marta, al envidioso fariseo, al avaro ladrón discípulo. ¿Qué lengua podrá callar de Lucía, Catalina, Úrsula²⁸ y otras casi infinitas, las virtu-

des y méritos de las cuales, con la eterna gloria para siempre premiadas, poco de la popular fama carecen? Dejo de hablar de las infieles griegas y romanas, las cuales, ignorantes de la ley divina, a la mundana el fin de sus obras dirigiendo, ninguna verdadera virtud jamás obraron.

Si algún envidioso hombre, con molestia de tanta perfección nuestra, a nuestras escritas razones intentara responder que en alguna mujer, muchas veces, más abundantes se encuentran todos los males de los que en la presente a los hombres inculpo: mayor crueldad de ánimo, más grande ferocidad, extremo de gran soberbia, destierro de toda vergüenza, y en exceso otros males que a la femenil condición no convienen, estas palabras otorgando, no queremos ignorar en extremo es peor que el mal hombre la no virtuosa mujer. Y esto ser señal de nuestra mayor perfección muestra cómo aquel naturalmente sea mejor que, mal obrando, puede ser más malo, y así el ángel en fealdad de abominable pecado ha sufrido mayor caída, porque sobre las criaturas en más alta perfección era soberanamente creado, pues el mal, por sí no teniendo ser, tanto es más grande cuanto de mayor bien es ausencia; que si, por imposible, Dios malo se encontrara, su malicia en infinito a las otras sobrepasaría. Luego, si así es que la malicia de las no virtuosas mujeres a la de los hombres se avanza, que su natural condición sea más perfecta claramente se muestra. Es también de nuestra gran excelencia manifiesta señal que, los pequeños males, a nosotras más afean y de mayor infamia dignas nos muestran, y los yerros que a los hombres no ensucian a nosotras en gran manera infaman. Que la singularidad y belleza de nuestra natural condición hace nuestras manchas más ser miradas, porque es propiedad de los contrarios que, juntos puestos, más claramente se manifiestan, y una pequeña negrura que

afea la belleza de una gentil y limpia vestidura, a los ojos de los que la miran abominable sin tardanza se presenta, la cual sobre vil ropa puesta, sin ser vista muchas veces pasa.

Y si tanto es la femenil condición perfecta (dirá algún malicioso hombre), ¿por qué Dios omnipotente, asumiendo natura humana, no fue mujer? ¡Oh inútil demanda, que muestra las tinieblas de su maliciosa ignorancia!, que no piensan él, Dios infinito, por nosotros encarnado no tomó todas las perfecciones que pudiera tomar, sino aquellas con muchos defectos acompañadas que a nuestra redención eran más aceptas. Y así, para sostener su áspera por nuestros pecados penitencia, y para convivir con multitud de diversas impiadosas personas, más le convenía ser hombre. Ni la femenil honesta vergüenza le comportaría allá arriba en la cruz, en medio de ladrones, por las ofensas de quienes le ofendían ser clavado, y otros profundos misterios por los cuales acabar²⁹ quiso ser hombre, aunque ser mujer sin duda mayor perfección sea, pues con todo que a sí no haya naturaleza angélica asunta, no por ello de menor perfección adquiere estima, antes bien él, nuestro Dios y señor, ejemplo de nuestra vida, las menores cosas para él, infinito perfecto, ha tomado, su muy gran humildad singularmente mostrando. Y aun convenía aquel que eternamente todopoderoso era, hijo por primera vez en el mundo, tomando naturaleza humana no fuese hija; mas era decente cosa, pues siendo Dios infinito era hijo en el cielo teniendo padre, viniendo a la tierra singular mujer tuviese madre,³⁰ y así, siendo hombre, su purísima carne haya tomado de virgen mujer. Callen de aquí en adelante los soberbios hombres, y antes virtuosamente vivir que insensatamente reprender aprendan, o respondan a las razones que en la presente se contienen, a las cuales yo, Verdad, por quien todo hablar tiene fuerza,

acompañó; que si las humildes perfectas mujeres fueran tales como, en muestra de gran malicia y obtenebrado entendimiento, muchas veces ellos pintan, ¿qué excusa toman que a nosotras, tan fallidas, los bienes, la persona, la vida cada día nos ofrezcan, dirigiéndonos el fin de todos sus pomposos actos? Iguales a Dios se estiman si nosotras, imperfectas, de ellos, tan perfectos, los trabajosos servicios aceptamos. Y continuado vicioso vivir en tinieblas de tan oscura ignorancia los abisma que, aquellos que de nosotras más feamente blasfeman, por nosotras mayores trabajos sostienen. Para los cuales responderé, si de palabras estuviera falta mostrando la perfección que en las mujeres más abundante que en los hombres se encuentra, la madre de aquel Dios Jesús, en quien todas las perfecciones infinitamente terminan, a ellos, maldicientes, confundiendo, allá arriba sobre los cielos triunfando por nosotras habla.³¹ A la cual la presente escritura, *Triunfo de las mujeres* llamada, en estilo de semejantes palabras humildemente presento:

Madre de Aquel que al árbol de la cruz,
en medio de este mundo, entre ladrones
quiso subir, fruto a sí mismo acepto,
que infinidad de mundos bastaba a redimir
5 tiñendo en sangre aquel duro palo de cedro;
en parvo lecho decantó la espalda;
dejando aquel madero bañado en bella púrpura,
redimió el crimen de quien muriera sin nacer.³²
A vos hago presente de mi escrito *Triunfo*,
10 que vuestro valer triunfa por encima del cielo,
pues quiso Dios dentro de vuestros tálamos
de carne virginal tomar la vestidura
de verdadero hombre, más bello que los otros,
en todo semejante a Vos, que le sois madre.

- 15 Desde el cielo mirad las humildes mujeres,
que mujer sois, madre y a la vez virgen,
la que pariera a Aquel que el círculo del mundo
de la nada creó, y a Vos que lo engendraseis.